

AMENAZA DE ÁNTRAX

Ya me hice a la idea de que siempre habrá una ausencia en el buzón de la casa de mis abuelos. Extrañamente esa certeza no implica resignación, porque no he cedido ningún centímetro en mi actitud de espera. Acaso sólo eso me quede de Clarice. Lo sabe mi abuela, quien percibe esa ansia cuando la saludo, ese beso en la mejía que pregunta: “¿habrá una carta para mí?”. Su ternura se compadece de mí desde otra época, cuando el correo era más simbólico, más romántico. Intuye que esa carta contiene las palabras postergadas de una mujer que no ha conocido, que quizá nunca llegue a pisar el umbral de su casa, que supo encantarme y prometió escribir. Algo pasa en la vida de Clarice y parece que no hay sitio para esta distancia de medio continente, para tantos gestos y situaciones que terminarán desdibujándose con el atrincheramiento de los días. Aquí, presiento su olvido; aquí, un bolero lleva su nombre.

He vivido engañándome a mí mismo, resguardando a mi ego. Entonces, puedo hacerme el iluso, confiar que la carta sí fue escrita y en-

viada, que por infortunio se perdió en un desembarco; habrá quedado en la caja de cartas trasapeladas en una oficina de correo en Panamá; un operario desvelado habrá derramado café sobre la cubierta, borrando el remitente y dirección; habrán atropellado al motorista en la Calzada Roosevelt, las cartas dispersas, siendo arrastradas por la lluvia; una amenaza de ántrax en el servicio postal de cualquier país de Sudamérica, las cartas alimentando una hoguera en televisión internacional. Cualquier equivocación del sistema, cualquier situación excepcional, todo mejor a que las estampillas nunca hayan sido pegadas, a que nunca haya dejado algo de sí en su caligrafía, aunque fuera la puerta cerrada de un “no me escribas más”. El bolero arrecia, mi abuela abusa del volumen, mi abuela tararea.